

El divorcio entre la sociedad y la cultura

El analfabetismo parece ser un estigma en vías de desaparición, pese a que aún es una lacra que afecta a más del 11% de la población mundial, incidiendo especialmente al continente africano.

En el llamado primer mundo es, estadísticamente, residual, lo que nos lleva a considerar una imagen de esta sociedad como avanzada, en la que se han superado los problemas de la incultura propios de tiempos ya superados.

Sin embargo esta imagen es falsa, totalmente falsa. Y ello es así porque, pese a que el índice de alfabetización es alto, el analfabetismo funcional es también alto, muy alto.

Más allá de saber leer y escribir, es fundamental la comprensión de lo leído, algo que en un alto porcentaje de personas no se da. No solo no se da esa comprensión en un alto porcentaje, sino que tengo la impresión que ese tanto por ciento está en crecimiento.

Si durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX la conciencia de que el conocimiento y la cultura eran fundamentales para el acceso al poder y la abolición de las desigualdades sociales, arraigó en las clases más desfavorecidas (Buena parte de los movimientos proletarios, fueran políticos o sindicales, mantenían como ejes de actuación el acceso a la cultura de las clases populares, entendiendo ello como un camino a la liberación de la sumisión a que estaban sometidos), hoy una especie de indolencia y desinterés por la cultura se ha adueñado de buena parte de la sociedad.

Esa falta de interés por el conocimiento se manifiesta no solo en el escaso nivel cultural de una parte importante de la sociedad, sino también en el auge de la superstición que se expresa de mil formas diferentes: desde la aparición de la más variopinta variedad de sectas, a las más estrambóticas creencias en muy diversas materias (clarividencia, magia, brujería, astrología, etc.), incluyendo aquellas que pueden poner en peligro la salud y la vida, como las muy variadas prácticas sanadoras, que no resisten un mínimo análisis lógico.

Dentro de las creencias sectaria incluyo las religiones (En realidad no existe diferencia entre secta y religión, salvo quizás en que las religiones afectan a un número muy elevado de personas y están plenamente integradas en el modelo de poder dominante en la

sociedad). La extensión social a la que asistimos de las creencias religiosas más fanatizadas no es ajena al proceso de alienación cultural que, con mayor o menor intensidad, padece nuestra sociedad.

El crecimiento de los defensores del creacionismo, sean de la religión que sean, es un claro ejemplo de los efectos nefastos de la creciente incultura. Y cuando hablo de incultura no me estoy refiriendo únicamente a la acumulación de conocimientos, sino a la visión crítica que debe regir siempre nuestra actuación lógica.

Hoy existe una clara lucha entre los defensores del oscurantismo, oscurantismo que hasta hace poco creíamos superado y en franco retroceso, y los defensores de la luz del conocimiento. Son dos modelos de sociedad inevitablemente enfrentados. No puede haber compromiso porque se defienden modelos sociales totalmente opuestos.

Pero ¿Cómo es posible que cuando el progreso en el conocimiento ha sido mayor, con diferencia, a cualquier otra época anterior se produzca tal avance del oscurantismo? Una muy probable causa de ello es que, precisamente debido al gran avance en los conocimientos científicos producidos en el último siglo, la mayor parte de la sociedad ha sido incapaz de entender, aunque fuera de forma elemental y superficial, dichos avances.

Una de las tres leyes sobre el avance científico formuladas por Arthur C. Clarke afirma que "*Toda tecnología lo suficientemente avanzada es indistinguible de la magia*", y ello es así porque para entenderla en profundidad se requieren conocimientos altamente especializados. En un mundo en que los avances tecnológicos pueden, en una simple década, convertir en obsoletas las tecnologías precedentes, la capacidad de adaptación de las personas a dichos avances se ven empujadas al límite. Es evidente que intentar mantenerse al día de los nuevos conocimientos requiere un esfuerzo. Y ya no estoy hablando de este proceso en relación a los especialistas en materias concretas. Después de todo para estos es una obligación, si quieren seguir siendo competentes en su actividad. Me estoy refiriendo al ciudadano medio, ese que aprobó por los pelos las matemáticas básicas de los estudios primarios y evitó todo lo que pudo tener que lidiar con asignaturas como física, química, ciencias naturales, etc.

Su bagaje científico-técnico es, en muchos casos, inexistente, y su curiosidad murió, o fue asesinada por planes de estudios diseñados con cortedad de luces, hace mucho tiempo. Esa persona es incapaz de entender el mundo actual que le rodea, y año tras año la dicotomía entre entendimiento y entorno aumenta.

Estamos ante el ejemplo típico de persona candidata a ser captada por cualquier embaucador con labia. Este puede ser religioso, esotérico o simple vendedor de patrañas, tanto da.

¿Cómo hemos llegado a esto? Mucho ha tenido que ver el concepto de educación que ha imperado en nuestra sociedad. Con las diferencias, que las hay, entre los sistemas educativos de los distintos países, lo cierto es que comparten una base común. Están pensados para convertirnos en productores-consumidores, por tanto hace hincapié en los elementos que facilitan nuestra integración en el trabajo (estudiamos para llegar a ser "hombres y mujeres de provecho", es decir, que consigamos empleos lo más remunerados y considerados socialmente posibles), y a la vez consumamos lo que esta sociedad produce.

Cabe aquí un apunte, una nota de atención: Las contradicciones de nuestra sociedad son tales que este concepto expuesto ya, en muchos casos, ni siquiera es válido. Los desequilibrios en el reparto de la riqueza han fomentado que muchos jóvenes dejen de considerar rentable el esfuerzo ¿Para qué van a esforzarse en estudiar si ven como cientos, miles de titulados a todos los niveles de la enseñanza acaban en el paro y sobreviviendo a base de chapuzas?

Lo cierto es que los modelos educativos nunca se han planteado que el objetivo de la enseñanza fuera formar a las personas de forma íntegra. Y de forma general, en lugar de fomentar la curiosidad innata de la persona, se han dedicado a destruirla, a la vez que se desvalora el conocimiento por sí mismo, cuando solo toma valor cuando tiene utilidad (económica).

Ello nos lleva a una sociedad formada por analfabetos funcionales en mayor o menor grado, presa fácil de la manipulación y el engaño.

Esta situación es hartamente peligrosa. Puede llevarnos a sociedades donde el pensamiento fanatizado e irracional se imponga, con ello se llegue a la desaparición de los derechos individuales, donde las normas del grupo ideológico dominante conviertan en delito cualquier forma de pensar alternativa. Esas situaciones ya las hemos vivido. De hecho

hay sociedades en las que aún son la norma. Y si no ponemos remedio a lo que está pasando, todos los avances conseguidos por la humanidad en materia democrática, se pueden perder irremisiblemente.